

PREGÓN DE BARGAS EN LAS FIESTAS DEL SANTÍSIMO
CRISTO DE LA SALA

BARGAS, 15 DE SEPTIEMBRE DE 2006

JOSÉ MIRANDA CALVO

Bien quiera saber reflejar y condensar en este corto espacio de tiempo, la grandeza del significado que representa anunciar y exaltar el gozo que entrañan nuestras fiestas en honor al Santísimo Cristo de la Sala, dadas las raíces tan profundas y el modo tan exultante de vivirlas.

Y no encuentro mejor prelude explicativo a estas mis palabras de exaltación de nuestras fiestas, que recordar el inicio de aquellos versos que a ellas dedicara el poeta que tan delicadamente sintió a Bargas, ANTONIO PEREA, al decirnos:

Bargas, no es un pueblo más
de los que tiene Toledoí
Bargas, es como una estrella
que se ha caído del cielo
y late, del Sur al Norte
entre el Barrio de las Eras
y la sed del Cementerio.

En medio, se queda el Cristo
de la Sala, bendiciendo
con su mirada infinita
a Bargas, al que ya está quieto
y al que continúa andando
su caminar trajinero.

Y no es, un pueblo más de los que tiene Toledo, porque resulta difícil encontrar a lo largo de los tiempos otra ejemplar ejecutoria cual la de este Bargas nuestro, arrabal postrero de Toledo y adelantado de la comarca sagreña, como florón de esfuerzos y trabajos de sus gentes que han hecho del sudor su única poesía.

Historia de Bargas, desenvuelta entre luchas antiguas y convivencias forzadas entre razas extrañas, en las que la reciedumbre de sus hombres

alentados y sostenidos siempre por el empuje y gracia de sus mujeres, conjuntan en el día de hoy la ofrenda de su devoción y buen hacer en estas fiestas que hoy día iniciamos y cuya culminación se da en la majestuosa procesión del Cristo de la Sala inigualable en el ámbito rural.

Por ello, como indispensable antecedente, no puedo por menos de evocar en esta ocasión un sentido recuerdo a aquellos primitivos antepasados que, con su valor, tesón y entereza, sellaron la personalidad que hoy día tipifica a Bargas y a sus gentes.

Lejos quedan ya, por pretéritos, aquellos primeros siglos del V al VIII, en los que nuestros lares fueron testigos del quehacer de aquellos antepasados que comenzaron a salpicar con sus actividades y trabajos las ondulaciones de estas tierras, entonces pertenecientes al término o alfoz de Toledo como así permanecieron durante varios siglos, cuya influencia espiritual llegaba desde el célebre Monasterio Agaliense donde se formó y después regentó el que fuera arzobispo y patrono de Toledo, San Ildefonso, y cuya ubicación, si bien no se ha podido precisar con exactitud, según algunos estudiosos estuvo situada no muy lejos del actual pago de Bendalabia nominación mozárabe cercana a la hoy día zona final olivarera del Espesillo.

Aquellos grupos nativos de los primeros siglos establecidos en la zona de Bargas, directos descendientes de las familias hispano-visigodas, que, tras la ocupación de España por los musulmanes en el año 711, tuvieron que desenvolver sus vidas en auténtica entremezcla de infortunios, intrepidez y laboriosidad, permaneciendo en sus tierras fieles a su doble condición española y fe cristiana.

Dichos grupos, conocidos históricamente como los òmozárabesö, constituyeron la verdadera raíz de nuestro pueblo, son la primigenia levadura de nuestras gentes de las cuales descendéis cuando Bargas nacía, y cuyas huellas y testimonios de su trabajo han quedado impresas en muchos de los nombres de nuestras tierras, tales como: Arrayel, Mazaravedas, Bocache, Ravanal, Bendalabia, así como en el tipismo costumbrista del barrio más emblemático: el de las Eras.

Su convivencia diaria, plena de dificultades, al verse envueltos y arrastrados en las frecuentes luchas que sostenían entre sí los clanes bereberes de Toledo contra los arábigos de Córdoba, por no querer aceptar su dependencia, supieron mantenerse forjando su recio sentir y quehacer principalmente con el trabajo de la elaboración y avituallamiento del pan a Toledo al constituir el último eslabón del granero de la Sagra.

Su despertar esperanzado de superación de tan penosa situación, comenzó con la ayuda prestada al rey Alfonso VI en su empresa de reconquista de Toledo, a fines del siglo XI, al apoyarse el monarca sobre el curso del río Guadarrama en sus correrías devastadoras sobre los campos y cosechas circundantes desde su base partida en el castillo de Canales, en Recas, siendo las gentes de Bargas las que le proporcionaron las más valiosas informaciones dada su cercanía y conocimiento del terreno.

El rey Alfonso VI, por ello, tras la reconquista de la capital, no dudó en otorgar el señorío de estas tierras a uno de sus principales caballeros, eñl castellano Pedro Ibáñez, que unió el calificativo de Vargas a su linaje, como en aquellos tiempos era habitual, y así se siguieron denominando sus descendientes: Fernando Pérez de Vargas, Pedro Fernández de Vargas, Fernando II Pérez de Vargas, García Pérez de Vargas, Diego Pérez de Vargas, todos ellos directos auxiliares de los sucesivos monarcas y distinguidos por su valor con sus mesnadas de bargueños en distintas campañas, principalmente en las de Jerez, Sevilla y las Navas de Tolosa.

La normalización alcanzada con el alejamiento definitivo de la amenaza musulmana, determinó que los Vargas se decidieran a trasladar, como sabemos, el primitivo doblamiento establecido sobre las orillas del río Guadarrama, el conocido como Valdeolivas, a la parte alta actual dirigido por Diego Pérez de Vargas, hermano del primogénito García Pérez de Vargas.

Curiosamente, con anterioridad a este traslado, aquellos núcleos poblacionales mozárabes sufrieron trágico protagonismo con sus secuelas de luchas y penurias tras la reconquista de Toledo, puesto que los musulmanes en sus intentos de reconquistar nuevamente la capital llevaron a cabo variadas campañas e incursiones a sangre y fuego, siendo especialmente duras las realizadas en 1110, 1114 y especialmente la de 1128, caracterizada ésta última por la pérdida de 50 de sus hijos llevados prisioneros al cautiverio a más del arrasamiento del lugar.

La total recuperación de nuestro territorio nacional dio paso a esa doble vertiente que caracteriza a nuestras gentes: su dinamismo laboral y su acendrada devoción y fe cristiana polarizada hoy en día en la imagen del Cristo de la Sala.

Dinamismo laboral cuyo empuje inicial fue el agrícola, de indiscutible cara labradora, apegado al terruño, que desde bien entrada la etapa medieval fue tutelado y así permaneció varios siglos por los ecos

campaniles de los conventos toledanos, puesto que los sucesivos monarcas les confirieron el dominio de buena parte de las tierras. Así vemos, que Calvín Alto pasó al dominio de las Jerónimas de la Sisle; Barruelos a los Trinitarios; Arrayel a las Agustinas de Santa Úrsula rescatándole del dominio del hebreo Mose I Ben Abradel, que mantuvo su dominio durante todo el siglo XIV; Aceñuelas al Convento de Madre de Dios; el pago del Realejo a las Dominicas de Santo Domingo el Real; Loranquillo a las Franciscanas de Santa Isabel; Espadaluenga a la Basílica de Santa Leocadia; Los Llanos, el Chivero y Loranque a la Beneficencia, al margen de las tierras sueltas como las otorgadas al Hospital de Santiago en el Camino de Yuncillos.

Posteriormente, la venida y asentamiento de algunos grupos carpinteriles mudéjares toledanos, originó la fabricación de gavetas y el famoso mueble conocido como òbargueñoö, en la época del Renacimiento, que con sus arquillos, cenefas e incrustaciones, nos legaron el postrer recuerdo de la herencia morisca, constituyendo el máspreciado ornato de palacios y casas linajudas.

De ahí que el poeta pregunte:

Yí que es lo que tiene Bargas
que no tienen otros pueblos?
¿Es el rastro de su origen
entre morisco y hebreo?.

¿Cómo no evocar en este momento la última modalidad de la inquietud comercial de nuestras gentes cuyo exponente fue el trajinar itinerante de los òarrierosö, que con su cortejo de acémilas y carros serpentearon los caminos serranos de Gredos, la Vera y las llanadas manchegas!

Desde el barrio de las Eras, esencia pura costumbrista conservada de la primitiva convivencia mozárabe con razas extrañas, cuyas gentes supieron asimilar aquella situación entremezclándola con la constante afirmación de su ser propio, henchido de gente andariega ducha en el comercio al menudeo, se lanzaron con sus pequeñas caravanas al transporte de escabeches, trigo, yesos, ajos, sal, para su intercambio por nueces, piñones, castañas, higos y cerámicas, que sus mujeres se encargaban de vender en los famosos òmartes toledanosö, y cuyo gracejo, donaire y arte de venta, siguen constituyendo un añadido a las leyendas toledanas por su inconfundible personalidad.

El colofón del tipismo de Bargas se centra en la devoción y cortejo procesional del Cristo de la Sala, procesión en la que vemos a un pueblo entero hecho FE, rivalizando hombres y mujeres en su ofrenda devocional al Cristo de la Sala en hileras inacabables con las luces de sus velas serpenteantes.

Algunos con sus blusas grises, alpargatas, pañuelo de õyerbasö y gorra, recordando la imagen de sus abuelos. Ellas, en auténtico espectáculo para el observador, con sus mantones de Manila y pañuelo blanco a la cabeza enmarcando su perfil y sombreando sus ojos almendrados.

¡Ay, qué humedad de emoción
pone en los ojos del alma
pura de los bargueños
y qué rubores se alzan
hacia los rostros hermosos
de tantas mujeres guapas!.

Sobre el pecho, entre el negro corpiño lucen los aderezos de oro salpicados de diamantes, con los pendientes de arracadas y chorros de aljófar, rivalizando todas ellas en sinfonía multicolor de sus sedas rameadas cuyos reflejos añaden la mayor nota de gracia y contraste.

El eco gozoso del lento caminar procesional desgrana impaciencias entre los grupos multitudinarios agrupados entre los recovecos del recorrido.

El Cristo marcha en su trono
hecho de flores y llamas
¡Qué escalofrío de plata
va corriendo por tu pueblo
cuando por las calles pasas.

El silencioso cortejo va adentrándose lentamente entre el dédalo de callejas doblemente iluminadas por la cadena de flameantes cirios cual escolta de honor masiva a la efigie de Cristo.

Nuevamente, el poeta nos lo describe así:

Con las velas encendidas, en ardiente lagrimeo,
como dos filas de estrellas caídas del firmamento,
con el alma de rodillas y la Estética de los cuerpos,
las bargueñas son las joyas que adornan los aderezos

de la procesión de Bargas, única en el Universo.

Pasa el Cristo de la Sala entre un profundo respeto, con su corona de espinas y su lanzada en el pecho, y el perdón en su mirada, y un beso en los labios yerto, oscilando en la carroza sobre el amor de su pueblo.

¡Santo Cristo de la Sala, que simbolizas nuestra esperanza y consuelo, contempla sonriente este filial testimonio devocional de tu pueblo en el que se conjuntan los ecos de nuestras oraciones. Sonríe, así mismo, cuando al adentrarte en la gozosa soledad de tu Ermita vuelves a escuchar las promesas renovadas de tus hijos rogando tu bendición!

Y así vive Bargas sus fiestas, entre vítores e incienso, con la unción heredada de los de antaño y la alegría y orgullo de esta su gran realidad, cuyo epílogo atronador de los cohetes viene a envolver el griterío de voces y aplausos de despedida, cuando, tras el doblar de las campanas, aparece como último fleco de la traca el luminoso letrero de CRISTO REINA EN BARGAS, acompañando el lento desfile de regreso tras la escucha de los últimos compases del Himno Nacional.

Hoy día, con el orgullo de un renovado pasado, en esta nueva etapa de desarrollo más acelerado que nuestro pueblo está comenzando a vivir de modo tan prometedor, cimentando el bienestar general, rogamos a nuestro Cristo de la Sala que su tutela siga presidiendo hoy como ayer y siempre todos nuestros afanes.

Así lo deseo de todo corazón y os pido que gritéis conmigoí .
VIVA BARGAS Y VIVA EL CRISTO DE LA SALA.